

Música y danza en Las Améscoas. Su incidencia en la vida social

LUCIANO LAPUENTE

INTRODUCCION: Aquellos hombres vigorosos de antaño

El culto a la fuerza, a la destreza y a la agilidad, ha sido una constante en la comunidad amescoana. Hasta principios de este siglo XX, la única energía de que pudieron disponer fue la fuerza física humana y la de los animales de labor; pero aún esta última necesitaba el complemento de la ayuda del hombre. En efecto, las labores que desde siempre han tejido el cañamazo de su vida, exigieron a nuestras gentes de antaño un esfuerzo muscular considerable; ya se tratara del manejo de la azada o de la laya, de la guadaña o de la hoz, de la maza o del «tronzador»... Y el arado siempre necesitó un brazo vigoroso de hombre para marcar el surco con pulso firme. El duro trabajo del quehacer cotidiano forjó el carácter de los amescoanos y vigorizó sus músculos; y las marchas forzadas tras el ganado y lo penoso de subir los puertos, y el largo caminar por sendas y veredas que llevaban al «lantegui» o tajo de carbonar, o la «chabola y a las majadas», hicieron al amescoano ágil y andarín o, como ellos gustaban decir, «correoso».

A principios de siglo apenas había casa en Améscoa que no contara con su hato de yeguas. Los amescoanos se sentían orgullosos de sus «poney» bestias semisalvajes, pletóricas de poder y brío, que se criaban en la sierra con libertad apenas vigilada. Con frecuencia había que amarrar alguno de estos animales y sujetarlo con la cabezada para colgar de su cuello un cencerro, calzarle la tranquilla o, simplemente, para bajarlas a casa... Su captura en plena sierra constituía un espectáculo impresionante; una vez aislada la yegua y cercada entre varias personas, o momentáneamente amansada con la golosina de un puñado de sal, se lanzaban al pescuezo del animal en acción rápida y arriesgada, empleando a tope toda su fuerza, agilidad y destreza... y lograban dominar su yegua salvaje... ¡¡¡Era empresa de hombres!!!

Uno se admira de que el esparcimiento y diversión de estos hombres (jóvenes y no tan jóvenes) en su ocio dominical, tras una semana aperreada en el campajo en el monte, consistiera en zurrarse la badana en el frontón y entregados a un juego tan viril como la pelota, con tanta pasión, ardor y gozo.

MUSICA Y DANZAS

Música y danzas debieron estar, desde siempre, muy enraizadas en la idiosincracia de nuestras gentes, cuya vida trabajadora dura se compensaba con el desahogo del cante y el contrapunto de la música, y cuya complejión viril estallaba en el ritmo ágil de la danza.

El dato más antiguo referente a este valor cultural nuestro, lo encontré en un documento del siglo XVI que se conserva en el A.G. de N. Se trata de un «Proceso» del año 1591, uno de tantos pleitos en que se enzarzaron (en aquella época), los dos estamentos sociales en que se hallaban divididos los amescoanos: los Hijosdalgo y los Labradores. En este «Proceso», el Procurador de los Labradores trata de demostrar la igualdad de unos y otros en el vestir, en los trabajos y en el trato; «Porque todos ellos, —dice uno de los testigos—, se han vestido y tratado y llevado en sus personas, llanamente, conforme a la costumbre de la tierra, con abarcas, capusayos de sayal y semejantes». De entre los varios testigos que presenta el Procurador de los Labradores, el más incisivo fue D. Sancho, Abad de Zudaire, que pone en solfa la calidad nobiliaria de los Hidalgos resaltando machaconamente los trabajos humildes a que se dedican. Entre otras muchas cosas, dice lo siguiente, que es lo que aquí viene a cuento: «Que Sancho García (que se tenía por hidalgo) es hijo de un llamado Juan Miguel García, vecino de Artaza, y nieto de Sancho García, *tamborín*». El texto es excesivamente escueto, pero lo suficientemente claro como para entender que el tal Sancho García era un profesional de la música (*tamborín*), es decir, un individuo que se dedicaba a amenizar, con su instrumento músico los festejos populares y los acontecimientos familiares de cierto relieve; un personaje imprescindible en las «mecetas» o Fiestas Patronales.

LAS FIESTAS PATRONALES

La vitalidad de un núcleo de población apiñada en torno a la IGLESIA parroquial, hizo que el titular de la Parroquia se convirtiera en el Patrono por excelencia de la localidad y que su fiesta fuera la más destacada del calendario local; una fiesta para cuya celebración no fue suficiente el espacio de un día, convirtiéndose en «Las Fiestas» por antonomasia del pueblo. Eran las fiestas patronales una mezcla de fiesta religiosa y profana en las que todo el mundo se salía un poco de sus casillas, en comer y beber, en el jolgorio y la danza. Sin embargo al Santo se le daba lo que era del Santo, la misa en su honor se celebraba con toda solemnidad y todos se cuidarían muy mucho de no faltar a la «adoración» de la imagen o reliquia del Santo. Antiguamente se conocieron con el nombre de «mecetas». Habla así el testigo Martín de Muzqui en el año 1575: «Que este testigo sabe que D. Gonzalo de Baquedano o Urra y su hermano Joango, solían ir muchas veces, y especialmente en *tiempos de mece-tas*, que solían ser por Ntra. Señora de Agosto, de los lugares de Gollano y Baquedano al sobredicho Palacio de Urra, donde solían ser recibidos y festejados como parientes...» Y José María Iribarren escribió en su «Vocabulario Navarro»: «Mecetas igual a fiestas patronales, Yanguas dice: fiestas peculiares de Navarra donde se reúnen de gentes de uno o varios pueblos y danzan

hombres y mujeres al son de dulzainas y tamboriles. Le faltó decir, y donde se come y se bebe barbaramente.

INCIDENCIA DE MUSICA Y DANZAS EN LA VIDA SOCIAL DE NUESTROS PUEBLOS

La casi totalidad de las noticias que nos quedan sobre esta música y danzas, en los siglos pasados, son las que podemos extraer de los «mandatos» que Obispos y Visitadores ordenaban cumplir, después de haberse informado de los usos y costumbres de las gentes, corrigiendo lo que –a su juicio– resultaba irreverente. Se trata pues, de unos textos descarnados, que nada dicen de los ritmos y melodías, pero que por el mero hecho de prohibirlas, aparece claro que se trataba de usos y costumbres muy arraigadas en el pueblo y con una incidencia muy grande en su ámbito social. Para comprobarlo haré un recorrido por los «Libros de Primicias» y «Libros de Fábrica» donde se anotaban estos «mandatos».

A) BAILES DE CLERIGOS.–En el año 1685 (fecha que se arranca el Libro más antiguo que se conserva en la parroquia de San Martín), el Obispo de Pamplona, en su visita pastoral a la iglesia daba este mandato: «Que dicho Abad publique que ningún clérigo baile con ninguna mujer, so pena de excomunión y de cuatro cornados»¹. A la vista de este mandato, se hace uno esta pregunta, ¿Se trataba de abusos de los clérigos?... o de que éstos, con la mayor naturalidad tomaban parte en las diversiones del Pueblo? Me inclino por la segunda hipótesis, fundada en la siguiente afirmación de Caro Baroja, «la danza era para los antiguos guipuzcoanos una función propia de los días especiales en que intervenía todo el pueblo, desde las familias más aristocráticas a las más humildes, y en la que participaban, no sólo los jóvenes, sino también los casados, viejos e incluso los sacerdotes y las autoridades del pueblo»². Algo así ocurría en Améscoa.

B) ALARDES Y PANTOMINAS.–El Visitador del Obispado de Calahorra y la Calzada dio, en el año 1618, este mandato en la parroquia de Arañarache: «Iten que el día del Santísimo Sacramento, ni otras festividades, no se entre a disparar escopetas dentro de la iglesia, ni disfrazados»³. Este texto merece un par de comentarios: 1.º No cabe duda de que lo de disparar escopetas dentro de la iglesia tenía algo o mucho que ver con los «alardes» que se solían celebrar en las grandes festividades y sobre todo, en el día de Corpus. Llamaban «alardes» a la revista e inspección de los soldados y sus armas. En cada concejo los vecinos tenían obligación del servicio de armas y formaban compañías, bien las de un municipio o bien entre varios, según el número. Esta organización militar hacía indispensable que los jefes se ocuparan de la instrucción, entrenamiento y cuidado de las armas de las milicias. En el alarde de 1542 eran capitanes de las milicias de Améscoa el Señor del

1. Archivo parroquial de S. Martín, libro 1.º de Primicias. Fol. 6, vuelto.

2. Julio Caro Baroja... «Los Vascos» (Edid. «Istmo» 1971) pág. 313.

3. Parroquia de Aranarache. Libro 1.º de Fábrica o de Primicias. Fol. 120.

Palacio de S. Martín, (Diego Ramírez de Baquedano), y el Señor del Palacio de Gollano, (Tomás Fernández de Baquedano), nombrados ambos por el Virrey. Estos alardes llegaron a ser, en algunas localidades, elementos esenciales de sus grandes festividades. 2.º Lo de «entrar enmascarados dentro de la iglesia, ni disfrazados», no cabe duda de que tendría relación con pantominas y danzas que se celebraban a la sombra del templo parroquial «Bien sabido es, dice Idoate, que había costumbre en Navarra, de representar autos y comedias al aire libre con motivo de esta fiesta del Corpus»⁴. Y bien podía ser que algunos actos de carácter ritual se celebrasen, incluso, dentro de la iglesia.

C) LAS HOGUERAS.—Gracias a esta normativa de registrar en los Libros de Primicias los mandatos de las Visitas Pastorales, hemos podido conocer una interesante faceta de nuestro viejo folklore; las hogueras.

Transcribo al pie de la letra el «mandato» que el Sr. Obispo de Pamplona dio en su Visita Pastoral a San Martín el día 1 de septiembre de 1722: «Por cuanto somos informados de que desde San Martín de noviembre hasta martes de Carnestolendas, todos los años, las vísperas de las fiestas por la noche, se hacen hogueras en dicho lugar, asistiendo hombres y mujeres a ellas, de que se siguen grandes ofensas a Dios Ntro. Señor, mandamos que en adelante no se hagan tales hogueras, pena de excomunión latae sententiae»⁵. Indudablemente la costumbre de hacer hogueras, que en su origen habría tenido un simbolismo ritual y tal vez mágico, se había convertido en una sana diversión llena de encanto y de belleza plástica: la plazuela iluminada por las llamas rojizas que reflejan, en las paredes de las casas, siluetas estilizadas, creando un ambiente de viveza y colorido; un pueblo en ruidoso jolgorio rasgado por el ritual irrinzi evocador; gentes que trenzan sus pasos en ritmo de danza alrededor de la hoguera e impulsados por el bullir de la sangre saltan y brincan a través y por encima de las llamas... Lástima grande que unos Sres. Obispos y Visitadores, ajenos totalmente a la trama existencial de nuestras gentes, dieran al traste con un espectáculo tan entrañablemente popular, alegando abusos, que serían reales; pero, ¿dónde no los hay?...

D) JULAR (CHISTU Y TAMBORIL), LA GAITA Y AMBIENTE SOCIAL.—Es muy sabroso, por la luz que irradia, el «mandato» que el Visitador de Obispado, el Lic. D. Joaquín de Larramendi, dio para las parroquias de Améscoa Baja en un 14 de abril de 1742. Dice así textualmente: Por cuanto estamos informados de algunos abusos e irreverencias que se hacen en los templos y sus cementerios en este Valle con ocasión de mecetas y bodas, mandamos que las mujeres ni otra persona alguna no suban al coro a tirar nueces ni otras cosas con motivo de bodas y otras funciones; que durante los oficios divinos no se juegue a juego alguno ni pública ni privadamente; *ni que se dance, ni toque jular ni gaita* en la iglesia y su cementerio; ni en este se de a beber a los hombres»⁶. Es sabroso, sí, este texto por los datos que nos proporciona:

1.º Describe los instrumentos músicos que se usaban en aquella época y el

4. Idoate... «Rincones de la Historia de Navarra» Tomo III pág. 505.

5. Archivo Parroquial de S. Martín. Libro 1.º de Primicias. Fol. 56.

6. Archivo Parroquial de S. Martín. Libro 1.º de Primicias. Fol. 75.

tamboril (jular) y la gaita. Jular era un deterioro de Juglar, palabra que empleaban para denominar al individuo que tocaba, a la vez, el chistu y tamboril.

2.º Nos pone a la vista una bonita estampa del ámbito social de nuestros pueblos y su rico folklore. El pórtico del templo parroquial (al que llaman cementerio porque hasta el siglo XV enterraban sus muertos en la delantera de la iglesia parroquial), era el escenario de sus danzas, bailes y juegos; hasta en el interior del templo sonaban, en días señalados, las notas vibrantes del chistu y la gaita; al abrigo de la iglesia los hombres saboreaban las colaciones de pan y vino en las que el Concejo invertía el importe de penas y colonias; y la pared de la iglesia servía de frontis al juego de la pelota. Si a esto añadimos que las juntas de Concejo se celebraban en el Pórtico de las iglesias, como nos consta documentalmente, concluiremos que el umbral del templo parroquial era, por aquellas kalendas, el centro de la vida social de nuestros pueblos; y que en este ámbito social la nota de mayor colorido y algazara la constituirían los bailes y danzas al son del chistu y la gaita.

LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX, EPOCA FUNESTA PARA LAS AMESCOAS

En las postrimerías del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX, la vida de nuestros pueblos estuvo marcada por tres contiendas nacionales que tuvieron una grave y dramática repercusión en la trama existencial de nuestras gentes: la guerra de la Convención, la de la Independencia y la guerra Carlista. A las dos primeras contiendas, conocemos con el nombre genérico de la Francesada, que si no afectó al Valle en cuanto a pérdida de vidas humanas, si que constituyó un desastre para su economía; desastre que culminó en la ruina total con la guerra Carlista. Y en el transcurso de todas ellas, nuestro tesoro cultural se deterioró notablemente con la pérdida de su lengua milenaria (el euskera), sus danzas y bailes tradicionales y su rico folklore.

A) RUINA ECONOMICA.—Nuestros pueblos se vieron envueltos en el conflicto de la Francesada, por haberse guarnecido en nuestro Valle la «División Navarra», a la que hostigaban continuamente los franceses con razzias por toda la barrancada, ocasionando toda clase de fechorías y robando lo que buenamente pueden. Lo expresa con rabia el Cura de Eulate en una nota que escribió en los libros parroquiales: «A causa de esta guerra cruel y destructora, por las continuas llegadas y cruel persecución de las tropas, en especial en estos pueblos de montaña, donde tienen acogida las tropas realistas de la División Navarra»... «Y la cruz de plata de esta parroquia, por las dificultades de conservarla por las continuas llegadas de los franceses, acuartelándose en las iglesias para pernoctar en ellas, robando cuando hallan de precioso o de algún valor; ya también los Realistas, algunos con título de cruzados que exigían cuantas alhajas de oro y plata había en ellas, ... pareció menos mal a todo el pueblo valerse de su valor». Añádase a éstos los impuestos desorbitantes para redimir a los hombres del servicio de armas, raciones servidas a las tropas, bagajes con bueyes y caballerías, extorsiones violentas de dinero, etc., etc. y podemos calcular la sangría económica que para nuestros pueblos supuso esta guerra.

En cuanto a la guerra Carlista, los ecos de epopeya, que recogen las Historias parciales de la contienda, no constituyen sino una cara de la moneda que tuvo también su cruz, la cruz enormemente pesada de un total desastre económico que tuvieron que soportar los pueblos de Améscoa, todavía convalecientes del descalabro que supuso la francesada. Las Améscoas fueron el refugio de Zumalacárregui y su centro de operaciones. En frase del historiador Oyarzun «Fueron, durante toda la campaña, su arsenal, su ciudadelas y su fortaleza». Aquí tuvo el General Carlista sus fábricas de pólvora, sus hospitales, fábrica de armas y lugar adecuado para el descanso de sus tropas. Lo pesado de esta carga se siente en carne viva al leer estas frases gráficas de una carta del pueblo de San Martín a S. Excelencia el General Zumalacárregui: «Que hallandose en este pueblo la fábrica de pólvora, está sufriendo el alojamiento de los operarios de ella, el mucho trabajo de bagajes, tanto para traer leña y juntar pólvora, ... el de los batallones que llegan, varios heridos que vienen a curarse y el continuo alojamiento de las partidas que vienen a alojarse ... Solicitan se les exima de alguna carga que aminore la necesidad extrema en que se hallan.

B) DETERIORO DEL TESORO CULTURAL.—El trajín azoroso en que vivieron nuestras gentes, el continuo trasiego por el Valle de voluntarios y tropas armadas y la invasión de gentes extrañas, debieron ser la causa del deterioro que se produjo en nuestro viejo tesoro cultural. Fue en este tiempo cuando se perdió en las Améscoas la que había sido su lengua milenaria, el vasco. A principios del siglo XVIII el Cura de Eulate certifica: «Publiqué (en la misa del domingo), los mandatos del Sr. Visitador General; ... y di a entender su contenido en la lengua vulgar, que es la vascongada». De donde se desprende que en esa fecha había muchas personas en Eulate que desconocían el castellano. Todavía en el año 1771, el vasco era la lengua vulgar, como se deduce de un acta de reconocimiento de mojones que se conserva en el archivo municipal de Améscoa Baja. Pues bien, según testimonio de Bonaparte, en 1863 sólo algunas personas siguen hablando en euskera en las Améscoas. Dice así en carta a Echenique de 9 de abril de 1863: «Me han asegurado que en todo el partido de Estella no hay mas que estos pueblos donde sólo algunos personas siguen hablando en esta lengua: Eulate, S. Martín, Ecala, Baquedano, Zudaire, Gollano, Urra, Barindano y Artaza».

Con el euskera desaparecieron, sin dejar rastro alguno, la música y danzas tradicionales y todo nuestro rico folklore. Y fue en este tiempo cuando se introdujo en nuestro Valle la jota: baile, música y canto.

MUSICA Y BAILE A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Nuestras gente han vivido en un contacto vital con la naturaleza y, tal vez por ello, sus sentimientos y emociones han estado siempre a flor de entraña, pugnando por brotar al exterior y plasmarse en el canto; y esto en todo lugar y circunstancias: en el campo y en el monte, en el juego y en la diversión, en el acarreo y en el ritmo lento del arar de los bueyes, ... y en el trajín laborioso de la trilla. ¡Qué grabada quedó en los recuerdos de mi niñez su estampa colorista!: Tiros de yeguas galopando en las eras... mozos que blanden el zurriago en sus diestras, mientras con su firme izquierda sujetan el roncal de

la manada y que vocean a los cuatro vientos la vitalidad y alegría de su juventud... notas de la jota vibrando en el aire ahito de sol... Porque en la trilla dominaba la gente joven que entre bromas y risas, chufas y reniegos, daban a la tarea, de por sí dura y afanosa, color de algarabía y alegre viveza que solía estallar en las notas de la jota, vibrante o bravucona, amorosa o nostálgica... Y que quede bien claro; al desaparecer la música y danzas ancestrales, sólo quedó al amescoano la «jota» (canto y baile) como único medio de expresión de sus estados de ánimo y de sus hondos sentires.

BAILES E INSTRUMENTOS MUSICOS.—Nada podemos entender del baile y diversiones de principios de siglo sin conocer la asociación juvenil que los amescoanos llamábamos «Los Mozos». La de «Los Mozos» es una expresión colegial para designar la asociación de los jóvenes, paralela al Concejo de los mayores, pero sin fueros escritos, que se regía por normas consuetudinarias cuyo origen se pierde en la lejanía de los tiempos. Se «entraba mozo» el día de Santa Agueda: bastaba pagar un real en ese día (en que también se nombraban los «Mayordomos»), para ser admitido en la sociedad con todos los derechos y deberes. Se exigía también ser soltero y haber cumplido los 16 años. Había excepciones, pero eran muy raros los que dejaban de entrar mozos. No se pagaba cuota anual y los gastos comunitarios se pagaban «a escote». Perteneían a la comunidad las guitarras, la bota o botas y los naipes. Eran los «Mozos» los que organizaban el baile en las tardes festivas, los que estaban siempre dispuestos a una juerga callejera y los que ejecutaban las rondas nocturnas. Los «Mozos» tenían sus fiestas profanas propias: Santa Agueda, el Carnaval y la de San Juan; y, en las Patronales, ellos eran los mantenedores de la fiesta.

a) *El baile.*—constituía la principal diversión en las tardes festivas. A la salida de «Las Vísperas»⁷, los hombres se apiñaban al borde del frontón. Muy pronto los más aficionados concertaban un partido de pelota que servía de sano ejercicio deportivo a los jóvenes y de solaz y a veces apasionado espectáculo para los mayores. Los «Mozos» después de un recorrido por las calles con sus guitarras, reunían a chicos y chicas en un lugar cercano al «juego de pelota» y se organizaba el baile que duraba toda la tarde. Solamente se bailaba el ritmo suelto de «la jota» y en la mayor parte de los pueblos los únicos instrumentos que se usaban eran las guitarras. En Eulate siempre ha habido algún buen acordeonista. Modesta Díaz (80 años en 1972), me confesó en Gollano, cuando ella era joven, no tenían más que la pandereta, con ella tocaban y a su son bailaban.

A la primera Campanada del «toque de oración» las mozas, como impulsadas por un resorte mágico, corrían a sus casas; mientras que los mozos se recogían en las tabernas o centros de recreo o rondaban por las calles.

b) *Las Rondas Callejeras.*—eran el «pan nuestro de cada día» para los mozos; pero una porción de rondas nocturnas tenían sabor ritual. Había unos días señalados a lo largo del año en que, por un imperativo de la costumbre, los mozos obsequiaban con música y cantos a las mozas, al Cura,

7. «Vísperas» La función religiosa de la tarde, a la que a principios de siglo acudía el pueblo entero, y en la que antiguamente se cantaba la «hora de Vísperas del Oficio Divino» pero que en nuestros tiempos sólo se rezaba el Rosario y alguna Novena de cuanto en vez.

y, si se terciaba la ocasión, (que fácilmente se inventaba), a algún otro personaje del pueblo. A este rito llamaban «dar música». Recorría la cuadrilla las calles con sus guitarras, deteniéndose ante las casas en que moraban las jóvenes solteras y las restantes personas a las que querían obsequiar y debajo de la ventana entonaban varias coplas con alguna alusión personal. La persona obsequiada tenía que asomarse a la ventana y corresponder a la galantería lanzándoles algunas monedas que ellos recogían con una manta desplegada adecuadamente a tal fin.

c) *Fiestas profanas de los «Mozos»*.—Los «Mozos» tenían sus fiestas propias, (Santa Agueda, el Carnaval, y la fiesta de San Juan); de todas ellas la más simpática era esta última de San Juan. Luego de anochecer los mozos se dedicaban con febril actividad, armados de hachas y escaleras, a cortar ramas de fresno que transportaban al pueblo en un carro de bueyes del que ellos mismos tiraban, para colgar enramadas en puertas y ventanas de las mozas. A continuación venía la «ronda» por las calles con sus guitarras y «daban música» a cada una de las mozas, la cual, emocionada (adivinaba en la cuadrilla al chico en que había puesto sus ojos y tal vez su corazón), agradecía la delicadeza lanzándoles desde su ventana algún dinerillo y, acaso, un bollo con grageas mimosamente elaborado con sus propias manos.

La celebración de la fiesta se reducía al «guitarreo» por las calles mientras pedían de casa en casa para una merendola. La comida la celebraban mozos y mozas, por separado, en las casas de los respectivos «Mayordomos» y terminaba la fiesta con baile popular en la plaza. Hay que añadir una nota simpática en esta fiesta de San Juan: las mozas iban, de víspera, al monte a «muix» (ordeñar) las cabras de la «cabrería» local. Previamente el Cabrero había encerrado las cabras en algún corral de Lóquiz. Con la leche hacían «natilla» y agasajaban a los mozos con tres o cuatro fuentes de tan exquisito postre; y éstos a su vez, obsequiaban a las mozas con un cuarto de cordero.

EPILOGO

Las hondas transformaciones que ha experimentado nuestro mundo moderno han zarandeado sin compasión la vida y costumbres de nuestros pueblos y han borrado totalmente el último resto de nuestro antiguo folklore. Con la emigración de los jóvenes en la década de los sesenta (que fue masiva en algunos pueblos del Valle), con la mecanización del campo que ha transformado profundamente la economía autárquica de antaño y con la invasión del automóvil que facilita el desplazamiento de los jóvenes a las discotecas de la ciudad o pueblos grandes, ... han desaparecido por completo las asociaciones juveniles de «Los Mozos» y con ellas sus fiestas tradicionales, el baile popular, las juergas callejeras y rondas nocturnas ... Excepción hecha en Eulate, ya no existen en los demás pueblos ni guitarristas ni cantores de jotas y han desaparecido hasta las guitarras. Hace años que no se escucha el canto de una jota y en las tareas domingueras, tan jaraneras y bulliciosas antes, reina en la actualidad un silencio absoluto, empapado de nostalgias.